

11507 00

UIS

AVANCES DE INVESTIGACION

AÑO 1993

AVANCE 87

JOAQUIN GARCIA MONGE Y EL REPERTORIO AMERICANO:

***MOMENTOS DE AFIRMACION DE LA CULTURA
POLITICA COSTARRICENSE***

PRIMERA PARTE

IIP

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES PSICOLOGICAS

*Manuel Solís A.
Alfonso González O.
Rolando Pérez S.*

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

El Instituto de Investigaciones Sociales publica la Serie Avances de Investigación con el propósito de suscitar debates y críticas antes de su publicación definitiva.

Ilustración de la contraportada: Serpiente emplumada, Cerámica Vallejo Policromo de la Gran Nicoya, Guanacaste, Costa Rica. Propiedad de Molinos de Costa Rica.

La serpiente emplumada se manifiesta como una constante de la simbología precolombina desde América del Norte hasta América del Sur y está relacionada con la sabiduría semi-divina a lo largo de la historia.

Correspondencia y canje dirigirlas a:
Centro Integrado de Documentación
Centroamericano en Ciencias
Sociales (C.I.D.C.A.S.)
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad UNiversitaria Rodrigo Facio
Código 2060
San Pedro de Montes de Oca
San José, Costa Rica

**UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES PSICOLOGICAS**

**JOAQUIN GARCIA MONGE Y EL REPERTORIO AMERICANO:
MOMENTOS DE AFIRMACION DE LA CULTURA POLITICA
COSTARRICENSE**

Primera parte

**Manuel Solís A.
Alfonso González O.
Rolando Pérez**

AVANCE NO. 87

Abril 1993

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Manuel A. Solís, Coordinador
Msc. Ciska Raventós
Dra. Marielos Rojas
Dr. Jorge Rovira
Msc. José Manuel Valverde

INDICE

PRESENTACION	i
1. INTRODUCCION	1
2. LA FRAGMENTACION DE LO POLITICO	9
2.1. Una perspectiva no desintegradora	10
3. ASPECTOS SOBRESALIENTES DE LA CULTURA POLITICA COSTARRICENSE	15
3.1. Rasgos sobresalientes de la cultura politica costarricense e interrogantes básicos	16
3.2. El poder y la constitución de la subjetividad	18
4. ANTECEDENTES HISTORICOS DE LA CONSTITUCION DE LA SUBJETIVIDAD DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL PODER SOCIAL	21
5. NOTAS	27

PRESENTACION

Los Avances de Investigación que presentamos con el título **Joaquín García Monge y el Repertorio Americano: Momentos de afirmación de la cultura política costarricense**, son un sub-producto de la investigación que con el mismo título viene realizando el Programa Subjetividad y Cultura Política, auspiciado por el Instituto de Investigaciones Psicológicas y el Instituto de Investigaciones Sociales. Los resultados que ahora ofrecemos para discusión corresponden al balance del primer año de vida del Repertorio y a algunas consideraciones teóricas que han guiado a los investigadores. En tanto que se trata de un tema sumamente delicado ya que involucra un tipo particular de acercamiento a la materia del cual no existen muchos antecedentes en nuestro país y, en la medida en que el Repertorio Americano es una obra de la que hasta el momento no conocemos una lectura crítica, nos arriesgamos a dar a conocer este primer sub-producto, en aras de propiciar una discusión fructífera que beneficie las siguientes fases de la investigación.

Como todo Avance, los que presentamos son instrumentos de trabajo que pueden ser objeto de críticas, correcciones y desarrollos. Todas las observaciones que en este sentido se nos hagan son bienvenidas. Por razones formales hemos dividido la exposición en una primera parte y en una segunda parte. Quienes estén interesados en la temática, se sugiere la lectura de los dos Avances en la secuencia como están editados. El primer Avance va a ser complementado con otra publicación adicional de carácter teórico que en una fecha próxima editará el Instituto de Investigaciones Psicológicas. Esta publicación ha corrido también a cargo del mismo equipo de investigación.

Dr. Manuel Solís
Director
Instituto de Investigaciones
Sociales

JOAQUIN GARCIA MONGE Y EL REPERTORIO AMERICANO:
MOMENTOS DE AFIRMACION DE LA CULTURA POLITICA COSTARRICENSE

PRIMERA PARTE

1. INTRODUCCION

En el desenvolvimiento de la sociedad costarricense contemporánea y de las ciencias sociales que le acompañan, la pregunta por la historia se vuelve, cada vez más, un asunto polémico. El hecho de que la historia sólo exista como reconstrucción, hace de ella un objeto en disputa, a veces abierta y a veces silenciosa. Considerada como la memoria que un pueblo, una clase o grupo social posee de sí mismo, la historia aparece como una corriente subterránea de experiencias y conocimientos que, en esporádicas ocasiones, alcanzan la formulación conceptual y literaria. Por el contrario, la mayoría de las veces, la historia se muestra como la palabra confiscada por el o los discursos hegemónicos. Muchas veces, entonces, la historia resulta ser lo que es posible enunciar de acuerdo con un conjunto coherente, armonioso y preestablecido de representaciones sociales.

Esta polaridad, entre una corriente cultural silenciosa que representa la experiencia vivida colectivamente, y su apropiación y enunciación mediante un discurso que remite a lugares conocidos y obturantes, se repite, en cierta forma, en el mundo académico. Hay un paralelismo entre la forma como la historia es apropiada político-ideológicamente y la forma como ella es delegada por el resto de las ciencias sociales a esa disciplina llamada la historiografía. Aquí, nuevamente, hay una delegación de la palabra a un grupo de expertos que, por una u otra razón, detentan y crean el discurso histórico.

Por tanto, la pregunta por la historia es un asunto conflictivo no por la interrogación en sí misma, sino por la legitimidad de quien la plantea. En nuestra sociedad y mundo académico no todos tienen el derecho o "se lo han ganado" a preguntar, a reflexionar, sobre la historia y pronunciarse sobre ella. Y esta falta de legitimación del que interroga lleva, casi siempre, a una claudicación, es decir, a un compromiso con lo que

debe ser dicho, representado, pensado. Y, por otro lado, el mundo académico reconoce, tácitamente, la legitimidad exclusiva de la historiografía para inquirir sobre el pasado. No es, en este último caso, ciertamente, un problema de monopolización violenta de la palabra, sino, más bien, una delegación basada en prejuicios epistemológicos.

La década del ochenta y noventa marcan un punto de quiebre para las ciencias sociales costarricenses. Nuestra sociedad jalona vertiginosamente hacia el futuro y se transforma alrededor de un proyecto sociopolítico y económico que la engloba y la trasciende. No es, una vez más, un proyecto autónomo, autogenerado, sino un movimiento acelerado para adecuarse a las nuevas divisiones internacionales del trabajo y a las nuevas formas de valorización internacional del capital. Como sucediera durante las primeras décadas del siglo XIX, ahora, en la del ochenta y noventa, se vuelve a plantear la cuestión de la inserción en el mercado internacional como la "única" vía para la reestructuración de la sociedad y su consolidación en el "progreso, el crecimiento y el desarrollo". La sociedad agroexportadora, herencia de la primera incorporación "exitosa y duradera" de la sociedad al mercado mundial, fundamentada en el monocultivo del café y del banano, se debate alrededor de la continuidad de sus estructuras productivas y reproductivas.

Por tanto, las ciencias sociales costarricenses no escapan a la necesidad de reflexionar sobre la pregunta de qué tanta ruptura puede haber o habrá en nuestras instituciones culturales, políticas y económicas. Esto exige, por supuesto, un reconocimiento de la contribución que la reflexión histórica puede aportar a este punto; porque, como se dijo anteriormente, nuestra sociedad, en sus más diversas manifestaciones, es, tal como la conocemos, la herencia de la Costa Rica cafetalera y bananera.

Pero la historia, como reconstrucción virtual, sigue siendo una alternativa por la que las demás ciencias sociales no se deciden del todo. Hay en esta actitud una trágica conciencia científica, un reconocimiento velado de que la historia no forma parte de los objetos de estudio de estas ciencias sociales o de que estos objetos pueden ser estudiados sin una perspectiva histórica

de la totalidad social donde se inscriben. ¿Cuáles son algunos de los fundamentos de esta actitud?

En primer lugar, existe el prejuicio epistemológico, sostenido especialmente en el campo de la psicología, de que la realidad social posee dominios relativamente autónomos, tales como el sociológico, el antropológico, el histórico y el económico. Este prejuicio, que resulta de un compromiso férreo con el ideal analítico de la ciencia, desemboca en la presunción de que

los procesos psicogenéticos pueden ser estudiados disociadamente de los sociogenéticos.

Esta postura, con sus implicaciones metodológicas, se traslada luego al mercado de trabajo dando origen a las diversas profesiones. Los colegios o las asociaciones profesionales, académicas y científicas, que se estructuran con base en esta perspectiva, terminan de consolidarla y de darle legitimidad social. Los sociólogos, los antropólogos, los historiadores, los psicólogos, etc., legitiman ante la sociedad y ante sí mismos sus propias disciplinas; así demuestran su valor cultural, político, ideológico y hasta económico y, al hacerlo, sancionan el ideal analítico de la ciencia.

En un contexto de continuidad y ruptura sociales las ciencias sociales se enfrentan a la cuestión de cómo han de contribuir a este debate y cómo, en relación a él, han de legitimar su existencia social.

En segundo lugar, existe el temor a la disolución de las disciplinas científicas que tanto han costado construir. Ir en pos de un campo, tema u objeto de investigación que trascienda los límites reconocidos de la propia disciplina, conlleva el enfrentarse a la experiencia de quedar situado en un campo de nadie, desprovisto de las heurísticas tradicionales y conocidas a la o las disciplinas de las que se ha partido. En efecto, cada comunidad científica ha creado un conjunto definido de problemas, métodos de investigación y estrategias analíticas preferentes. Su empleo es una forma de circunscribir la disciplina respecto a otros campos científico-profesionales, y, a la vez, de ganarse una

identidad dentro de ella.

Así, cuando el especialista va más allá de esta forma de "ciencia normal", se desplaza hacia un estado virtual de indefinición, que se agudiza ahí donde existe la posibilidad de haber invadido el campo de otras disciplinas científicas. Muy pocos se atreven a abandonar sus identidades científico-confesionales y esto dificulta enormemente la posibilidad de un acercamiento entre las ciencias sociales y hacia la historia. La dificultad crece si, además de lo anterior, este acercamiento a una disciplina contigua se asimila a la posibilidad de tener que subordinarse a los problemas, metodologías y estrategias analíticas del campo de investigación al que el científico extraño se aproxima.

Una tercera dificultad, y ciertamente no la última, guarda estrecha relación con la noción de la discontinuidad histórica. Los científicos sociales de las más diversas membrecías han sostenido reiteradamente que la historia debe ser leída desde las singularidad de cada momento y época pasados. La historia podría ser leída como una superposición de episodios, cada uno con una autonomía relativa, separados entre sí por discontinuidades y desprovistos de una continuidad englobante.

Este sería un supuesto epistemológico avalado, en cierto grado, por la historiografía costarricense y enraizado en el continuo esfuerzo que ha hecho la comunidad de historiadores para desligarse, distanciarse y diferenciarse de la filosofía de la historia. En la necesidad de superar el lastre que ha significado para la historiografía las nociones de la necesidad histórica y, con ella, la de teleología, el tiempo y el espacio se han absolutizado como coordenadas de intelección histórica y se ha abandonado la posibilidad de leer las vertientes que recorren la historia de la sociedad costarricense más allá de los accidentes y coyunturas particulares.

Pese a lo anterior, José Luis Vega Carballo detecta una corriente orientada hacia la filosofía de la historia entre los historiadores costarricenses contemporáneos; dice sobre este

particular:

"...está resurgiendo el interés "culturalista" como parte de una especie de contrarrevolución idealista entre los historiadores, dirigida contra los abusos del estructuralismo (...) o sea me refiero a que muchos historiadores y otros científicos sociales están "descubriendo" las "culturas" o si se quiere a la "Cultura" como tal, en el sentido de Kroeber o del hermano de Max Weber, Alfred, para no mencionar a Wilhelm Dilthey y es probable que sin darse mucha cuenta enrumban hacia la filosofía de la historia." (1).

No queda claro, sin embargo, si se trata de una advertencia sobre un camino que no debe ser emprendido, una especie de Caja de Pandora de la cual debemos apartarnos, o si, por el contrario, se hace referencia a un derrotero que deberían seguir los científicos sociales de las nuevas generaciones.

En todo caso, la historiografía costarricense y con ella las ciencias sociales, han quedado atrapadas en una paradoja cuya "solución" no la ha proporcionado la ciencia sino la ideología. De un lado, se afirma la importancia de la investigación histórica como un medio para comprender mejor el presente, pero, de otro lado, se insiste en el compromiso ineludible con una visión de la historia por "estancos" que impide y condena toda interpretación globalizante. El resultado es una historiografía que magnifica en el discurso su aporte a la comprensión del presente y, a la vez, que, en la realidad, se autolimita para no caer en las grandes interpretaciones historiográficas. Esto no le impide, sin embargo, hacer sustanciales aportes a la comprensión de nuestro presente, como aquel que proviene de las investigaciones sobre la historia agraria costarricense.

Tal como se dijo anteriormente, los ideólogos "orgánicos" no tienen ninguno de los escrúpulos u obstáculos que los científicos sociales se ponen a sí mismos y, como producto de ello, la ideología ha pasado a leer múltiplemente el pasado desde la filosofía de la historia y, acto seguido, a proporcionar las representaciones sociales del pasado que se reiteran en la vida

cotidiana hasta la saciedad.

Este documento es parte de una investigación sobre los intelectuales costarricenses de principios de siglo y la eclosión de la cultura política nacional que tiene lugar desde entonces. Ella se lleva a cabo como un intento para vincular la reflexión de la sociología y la psicología políticas con la historia costarricense. Tal empresa se ha fundamentado, hasta el momento, en el reverso de los obstáculos antes enunciados, es decir, en las siguientes premisas:

- a) Que no existe ninguna justificación epistemológicamente válida para sustentar el ideal analítico de la ciencia en el campo de la investigación social.
- b) Que el enriquecimiento de los problemas, métodos y técnicas de investigación en ambos campos (sociología y psicología políticas), depende, en el caso costarricense, en amplio grado, de una vinculación ineludible con la reflexión histórica.
- c) Que el fortalecimiento de estos campos de investigación, en los aspectos mencionados, si bien conlleva un acercamiento a la reflexión histórica, no obliga a una subyugación a la actitud epistemológica y metodológica de la historiografía costarricense, sea la tradicional o la contemporánea.
- d) Que la validez de la reflexión histórica, en el caso de la sociología y la psicología políticas reside, en gran medida, en el enriquecimiento que hagan de nuestra comprensión del presente. Esto, no puede ser meramente un enunciado, sino, más bien, una consecuencia de un compromiso con el supuesto de **una continuidad histórica relativa**, concepto este último sobre el que volveremos más adelante.

La certeza que subyace a estos puntos de partida es la de que el temor a la filosofía de la historia no se supera con base en el empiricismo y la lectura "compartamentalizada" de la historia, sino cuando se acoge plenamente el principio de la determinación

histórica: el pasado gravita en el presente tanto como éste se desprende del pasado al generar el futuro. No se puede buscar en el pasado una cultura política que sólo existe en el presente; el pasado no contiene al presente en "embrión". Pero la superación de este obstáculo epistemológico sustancialista no debiera desembocar en un rechazo del principio de la determinación histórica ni mucho menos del concepto de desarrollo histórico. Las sociedades, después de todo, también poseen estructuras en desarrollo, aunque esto no involucre una concepción evolucionista que las conciba como transformaciones mecánicas de estructuras simples en otras más complejas. El principio de determinación histórica, entendido estructuralmente, no conlleva, tampoco la adhesión a una concepción legaliforme de la causalidad. La causalidad histórica no es legaliforme, pero sí es estructural, es decir, que depende de los tejidos sociales que, como configuraciones, se desarrollan entre los actores sociales.

2. LA FRAGMENTACION DE LO POLITICO

En los años recientes, las ciencias sociales costarricenses han registrado una entusiasta proliferación de los estudios sobre la cultura política nacional. En las aproximaciones más académicas el énfasis se ha colocado en el Estado como el gestor de las políticas públicas y privadas, que han orientado los procesos macro estructurales, y se ha prestado atención al surgimiento, estructuración y dinámica de los partidos políticos. Esfuerzos semejantes se han centrado en el estudio de las culturas subalternas y los movimientos sociales correspondientes. Paralelamente se han llevado a cabo estudios sobre la socialización política y la historia política costarricense. Pese a su riqueza, lo que distingue a los conocimientos alcanzados, y a las correspondientes iniciativas académicas e institucionales que los han generado, es la ausencia de proyectos globalizadores que vayan sintetizando los conocimientos alcanzados y, que a la vez, generen nuevas perspectivas de investigación.

Además, una particularidad de estos esfuerzos de investigación es que su impacto social, más allá del mundo académico, ha sido limitado y se ha visto opacado por la investigación de la cultura política desde la perspectiva empírico-instrumental. Las iniciativas, en este último caso, han surgido más desde la empresa privada que de la esfera académica propiamente tal. Así, dos constantes que se mantienen como factores descollantes de estos sondeos de opinión pública son, de un lado, el papel sobresaliente concedido a los procesos político-electorales y, por otro lado, la utilización frecuente y acrítica de la encuesta como principal instrumento de recolección de información. En un movimiento que es bastante consonante con la reducción de la política al ámbito de la participación electoral, el estudio de la cultura política ha girado en torno al registro y, a veces, análisis de la opinión pública; para este propósito la vía preferente de investigación ha sido la encuesta.

La inclinación hacia una reducción de lo político a la participación electoral y hacia la utilización preferencial de la encuesta, ha tenido lugar en un contexto académico internacional

donde lo político es sometido, como otros tantos objetos de estudio, a una fragmentación de perspectivas. Habría, entonces, una antropología, una sociología, una psicología y una historia políticas, cuyos límites estarían definidos sobre todo por las fuentes de datos, los métodos de investigación y las estrategias analíticas empleadas por cada una de ellas. Dificilmente se podría legitimar de otro modo esta pluralidad de especializaciones, porque los temas y problemas de investigación, así como los marcos teórico-analíticos empleados para formularlos y enfocarlos, son de naturaleza tal que no permiten una clara circunscripción científico-profesional.

El problema, nuevamente, es por qué las ciencias sociales fragmentan lo social al constituirse en corporaciones científico-profesionales y por qué continúan con este proceso ante todo nuevo objeto de estudio. La investigación a la cual pertenece este documento se está desarrollando bajo la premisa de que esta necesidad de atomizar la realidad y el conocimiento científico social debe ser criticada. Ciertamente, existen alternativas, como lo es la obra de N. Elías "El proceso de la civilización, 1987", la cual ha sido uno de los principales puntos de partida epistemológicos de la presente investigación. ¿En que consiste su perspectiva?

2.1 Una perspectiva no desintegradora

Al finalizar su libro, en el resumen, N. Elías (1987) enuncia lo que ha sido la piedra de tropiezo y escándalo de todas las ciencias sociales desde hace ya mucho tiempo: su tremenda y fatal propensión, como un destino ineludible, a reproducir los vicios epistemológicos de un recorte y parcelación de la realidad social que impide visualizar los grandes procesos históricos en sus múltiples manifestaciones, es decir, en su totalidad. El afán analítico de las ciencias naturales, mal interpretado, y adoptado acríticamente, les ha hecho incurrir en la falacia epistemológica de que la totalidad social es reconstruible a partir de su

segmentación. El yerro epistemológico ha desembocado, así, en un prejuicio ontológico, entendiendo aquí este concepto en la acepción que le da Gadamer, es decir, como imposibilidad de acceder a la realidad históricamente creada. La paradoja de las ciencias sociales es, así, que la forma como históricamente se ha constituido el conocimiento científico de lo social desemboca en una atomización epistemológica de la totalidad social.

Este libro de N. Elias, sobre todo en su resumen, remite a este constante malestar del pensamiento social contemporáneo que parece condenado a una perenne insatisfacción consigo mismo y con las diferentes vías que propone para la integración del conocimiento de lo social (léase, enfoques interdisciplinarios o transdisciplinarios). Son, en definitiva, las opciones epistemológicas de partida, desprovistas de una comprensión de su génesis histórica, las que impiden saltar los límites que estas disciplinas se han impuesto a sí mismas. N. Elias lo señala del siguiente modo:

"En el estado actual de los conocimientos científicos, suele trazarse una línea nítida entre el trabajo del historiador y el del psicólogo. Unicamente los contemporáneos occidentales o, en todo caso, los llamados primitivos parecen ser accesibles a una investigación psicológica y estar necesitados de ella. El camino de la historia occidental que conduce desde la estructura espiritual simple y primitiva a la más diferenciada de nuestros días, sigue siendo oscuro.

Precisamente porque el psicólogo piensa de un modo absolutamente ahistórico, porque enfoca las estructuras psíquicas del hombre contemporáneo como si se tratara de algo incambiable y que no ha sufrido proceso alguno, el historiador apenas puede utilizar para algo los resultados de su investigación. Y precisamente porque el historiador preocupado por lo que él llama los hechos, trata en la medida de lo posible de evitar los problemas

psicológicos, apenas tiene algo que decir a los psicólogos." (2).

La experiencia de marasmo también se encuentra en la sociología:

"En la medida en que esta ciencia se ocupa de problemas históricos, acepta enteramente la línea de separación que traza el historiador entre la actividad psíquica de los seres humanos y sus distintas formas de manifestación, artes, ideas, o cualesquiera otras. No se reconoce, pues, que es precisa una psicología socio-histórica, unas investigaciones psicogenéticas y sociogenéticas, con el fin de trazar la línea de unión entre todas estas manifestaciones de los seres humanos y su existencia social". (3).

Así, pues, expresado en las palabras de N. Elias, el problema sustancial de las ciencias sociales contemporáneas es que, epistemológicamente, han disociado procesos que históricamente se han dado como una unidad. Si bien es posible señalar los contextos sociales específicos que han dado origen a las diferentes formas de reflexión sobre lo social, las ciencias sociales no han hecho la crítica de sus orígenes históricos y mucho menos de su presupuesto epistemológico fundamental, a saber, que los procesos psicogenéticos se pueden comprender disociadamente de los sociogenéticos, y viceversa.

En este sentido, decimos, la lectura de la obra de N. Elias deja un sinsabor: toda ella, en su complejidad, se convierte en la crítica viviente de las ciencias sociales. Esta obra, en sí misma, es la demostración de la necesidad que tiene el pensamiento social de abandonar aquel presupuesto epistemológico, aquella piedra angular sobre la que están construidas estas disciplinas. Porque, en último término, lo que N. Elias demuestra es que los procesos psicogenéticos son, en su multiplicidad, al igual que los sociogenéticos, manifestaciones de un único proceso globalizante -- el de la civilización--; sólo que este mismo proceso se ha

encargado de fragmentarlos y crear, así, las condiciones objetivas de unas ciencias sociales disociadas e inconexas.

Es la comprensión de este magno movimiento envolvente, y no sus manifestaciones específicas, lo que va a permitir la integración de los aportes de disciplinas tan dispares como la economía política y el psicoanálisis, la sociología del conocimiento y el análisis literario, por citar sólo dos casos específicos.

El ideal del positivismo y de ciertas interpretaciones filosóficas de la historia de la ciencia, según el cual, las síntesis del conocimiento social se lograrán por un proceso "natural" de acumulación de conocimientos, queda fuertemente confrontado con el enfoque de este autor. Se requiere de una comprensión globalizante del proceso histórico que, sin ser la obra de la historiografía, tradicionalmente comprendida, provea herramientas analíticas para leer, ubicar e integrar en ese gran proceso lo que, en cierto momento, pareció tener un sentido en sí mismo, independientemente de toda vinculación totalizante.

Del conjunto de comentarios previos se deriva que hay algo adicional en la obra de N. Elias que resulta igualmente molesto para los científicos sociales cómodamente parcelados en sus fortalezas territoriales. El programa de investigación que se propone y se desprende de la obra de Elías no puede ser asumido desde posiciones disciplinarias específicas, pero tampoco se trata de un llamado a la interdisciplinariedad. La crítica se dirige directamente a la actitud omnipotente con que las ciencias sociales en general y la historiografía en particular, han enfrentado sus propios objetos de conocimiento y han intentado fagocitar cada nuevo campo de investigación con desatención, si no es que con desprecio, de sus disciplinas vecinas.

Pero la crítica de Elias va mucho más allá: al proponer la necesidad de estudiar los procesos psicogenéticos y sociogenéticos en su unidad histórica, Elias está proponiendo un objeto de conocimiento que disuelve, per se, las fronteras epistemológicas, teóricas y metodológicas tradicionales que se han levantado entre

las ciencias sociales, y llama, con ello, a una crítica de las condiciones históricas que han hecho posible tal desintegración y fragmentación del conocimiento de lo social.

Tal vez lo que N. Elias no desarrolla suficientemente en su crítica de las ciencias sociales contemporáneas es la relación que se creó en la cultura occidental, desde la revolución científico-tecnológica, entre el conocimiento y el poder. Esta revolución trajo consigo la posibilidad de controlar la realidad, social y natural, partiendo del conocimiento que de ellas se tuviera. El conocimiento, por así decirlo, se valorizó políticamente. Porque, en última instancia, los problemas antes enunciados no son nuevos para las ciencias sociales, pero éstas insisten en perpetuarlos. ¿Por qué? La creación y detentación de conocimientos en un campo específico crea poder para quienes pertenecen a él; esta es la razón última de las circunscripciones científico-profesionales. La adhesión a estos límites es, así, la indisponibilidad a renunciar al poder que confiere el controlar el conocimiento que en su interior se genera.

Así, cuando se inició el proyecto de investigación que ahora nos ocupa, estuvieron entre sus primeros cuestionamientos: "¿Cuáles son las condiciones de creación de conocimientos sobre lo político, social, profesional y científicamente convalidadas?", y, "¿de qué forma la creación del conocimiento social, mediatizado como lo está por el poder, condiciona la producción de conocimientos sobre la cultura política?" Esperamos que el lector, con este preámbulo, comprenda las coordenadas desde las cuales pretendemos abordar el tema de la cultura política nacional.

El poder está en la génesis misma de la creación del conocimiento social; por tanto, una investigación sobre la cultura política nacional que ignora la forma como el poder la condiciona, desconoce sus propios determinantes. Necesariamente estos han de ser formulados, antes de que la investigación puede plantearse cualquier aproximación crítica a su objeto de estudio.

3. ASPECTOS SOBRESALIENTES DE LA CULTURA POLITICA COSTARRICENSE

La necesidad y la búsqueda de una nueva interpretación de la historia costarricense surge en la década del 70 con los trabajos pioneros de Rodolfo Cerdas Cruz (1978) y José Luis Vega Carballo (1980). Estas audaces interpretaciones, en un momento donde la investigación sobre la historia social y económica de Costa Rica aún estaba en ciernes, ofrecieron un punto de partida para las investigaciones de mayor contenido empírico que tuvieron lugar en la década del 80 con las nuevas generaciones de científicos sociales, especialmente historiadores y sociólogos. De este gran esfuerzo colectivo ha surgido una remozada interpretación de la historia social, económica y política de Costa Rica, sobre todo la de los siglos XVIII, XIX y XX.

En este movimiento hacia una reinterpretación de la historia costarricense, la historia política ha sido la última en ser abordada y emprendida. La historia económica, demográfica y social tuvieron un lugar preferencial en las visiones emergentes.

Pese a los logros alcanzados en la reinterpretación de la historia costarricense, ésta se suele describir conforme a una perspectiva que subraya la existencia de dos grandes rupturas. La primera habría tenido lugar en el siglo XIX y correspondería a la constitución del Estado agroexportador liberal. La segunda se habría presentado hacia finales de la primera mitad del siglo XX y correspondería a la constitución del Estado benefactor o socialdemócrata. Estas dos rupturas se han vertido en discursos que los crean y recrean y que, a su manera, les dan a estas dos fases límites y contornos precisos que, luego, se sintetizan en la forma de "proyectos políticos". El proyecto liberal con su acento en el progreso ha sido contrapuesto al proyecto socialdemócrata con su énfasis en el Estado. Según esta lectura, el liberalismo decimonónico habría muerto definitivamente en 1948.

El distanciamiento de esta lectura polarizante y estructuralista de la historia ha puesto de relieve la necesidad de recuperar **una perspectiva de continuidad y discontinuidad relativas** (4). Las investigaciones más recientes sugieren la existencia de un tejido social básico, constituido entre 1830 y

1890, que sobrevive, en un despliegue conflictivo, hasta la segunda mitad del siglo XX. El proceso de modernización que se aceleró después de 1950 pretendió ser una vía para darle continuidad a un orden social y político que, todavía a la altura de 1945, aparecía frente a los modernistas como un legado que tenía que ser defendido. En la defensa explícita o tácita de la Costa Rica que venía de la primera mitad del siglo, venía también una defensa de rasgos fundamentales de los cimientos sociales e ideológicos de la República Cafetalera que emergió a partir de 1830-1840. En la distinción entre un campo de rupturas modernistas (lo económico) y un campo de conservación-depuración (la sociedad y la política), hecha por los líderes originales del Partido Liberación Nacional, está la base para entender la presencia del pasado en la política actual y junto a ella, como soporte, la persistencia de conductas y percepciones de lo político altamente estereotipadas, cuya génesis son anteriores a 1950. En este tanto, la presente sociabilidad política debe ser estudiada en perspectiva histórica: la primera mitad del siglo XX y, más atrás, la República Cafetalera emergente en 1871 han dejado en ella una impronta decisiva y, por lo mismo, condicionan aún las posibilidades del futuro. Las palabras del historiador Lowell Gudmundson (1990) resuenan crípticamente en este punto:

"Facio y el Partido Liberación, en lo esencial sólo sistematizaron aquellos elementos dispersos ya presentes en la mentalidad y mitología nacionales. La proyección hegemónica de esta construcción es más evidente hoy en la cultura política y en el sistema educativo formal." (5).

3.1 Rasgos sobresalientes de la cultura política costarricense e interrogantes básicos

La cultura política costarricense posee, desde nuestro punto de vista, varios rasgos, interrelacionados, que están aún por ser cabalmente explicados. Sobre cada uno de estos rasgos existe un conjunto de interrogantes que surgen de la situación actual de la sociedad costarricense.

De un lado, es una cultura en la que la política y la participación social de los más diferentes grupos y clase sociales, se ha articulado y condensado en los procesos electorales. Entonces:

¿Cómo es posible que, dadas las dificultades crecientes para sobrevivir con que tropiezan diariamente la mayoría de los costarricenses, gran parte de ellos persistan en una actitud de fidelidad y adhesión política para con la institucionalidad existente?

La situación anterior nos enfrenta al menos con los siguientes interrogantes:

¿Cuál ha sido el proceso psicosocial de conformación de las representaciones sociales costarricenses que soportan la legitimación de instituciones tales como los partidos políticos, el sufragio, otras organizaciones politizadas o no politizadas? ¿Cuál es la vinculación actual de los costarricenses con dichas instituciones? ¿De qué manera se ha logrado que la lealtad de los grupos se dirija hacia y legitime unas pocas alternativas políticas? ¿Qué significa con exactitud la lealtad de masas que reciben las opciones electorales en la actualidad?

De otro lado, es una cultura en la que la política como participación electoral se concibe como una fiesta nacional de carácter cuasi-religioso, es decir, con connotaciones rituales y mágicas. Pese a ello, a la par, lo político es connotado cotidianamente como la esfera de lo sucio y lo corrupto. Es decir, hay una fractura entre la participación política electoral y las concepciones dominantes sobre lo político.

A la par, se trata de una cultura política en la que existe una omisión, un ocultamiento, de las formas de violencia y represión sociales que le caracterizan. Este rasgo incluye desde la omisión y la obstrucción de cualquier tipo de información que contravenga las representaciones prevalentes de paz, libertad, democracia y trabajo, hasta la creación de un sólido discurso

politico y académico en torno al consenso y al diálogo como formas preferentes de relación social, por encima y más allá de la represión violenta y física. Entonces:

¿Cómo se puede explicar, desde el punto de vista de lo politico cultural, el que los individuos y grupos con algún potencial objetivo de contestación social, lleguen a sentirse parte del sector social que cada cuatro años asume el control de las cúpulas de dirección política del país?, ¿cuáles son los mecanismos extra-económicos por medio de los cuales se coopta el potencial de cambio?, ¿qué tipo de mecanismos subjetivos y simbólicos se activan?

Y, por último, sin pretender ser exhaustivos, es una cultura política donde la sociedad civil se constituyó históricamente con mucha anterioridad a la esfera politico-electoral. Resultado de lo cual es la existencia de "un pacto social entre desiguales" (6) donde las coincidencias de clase han sido más relevantes que los conflictos y contradicciones. Las inquietudes son aquí las siguientes:

¿Se llega a los límites, con la muerte de la pequeña producción cafetalera, del "contrato social" heredado del período colonial y de la República del Café? Si es así: ¿qué efectos tendrá ello sobre la cultura política que tipificó a Costa Rica en el contexto centroamericano? Más aún: ¿qué tanto esta cultura política nacional es responsable de este resultado? ¿Qué tipo de contrato era aquel que se le deja perecer a pesar de sus eventuales costos políticos? ¿Cómo se relacionaba en él lo vinculante y lo conflictivo? ¿Y qué tipo de "mentalidad" y subjetividad se constituyó con este pacto social?

3.2 El poder y la constitución de la subjetividad

A los anteriores aspectos sobresalientes de la cultura política actual habría que agregar la perspectiva de los individuos que constituyen las cadenas de interdependencias entre

los diferentes grupos y sectores sociales. Existen razones suficientes para establecer que las conductas sociales no solamente están condicionadas por lo que sociológicamente se denomina la correlación de fuerzas, sino también por otras formas de autorregulación (instancias superyoicas, p. ej.) que son también un indicador de la historia de ese tejido social y de la naturaleza de los vínculos que lo caracterizan.

No se puede sobrevalorar la divulgada noción de que la sociedad costarricense se caracteriza por un predominio de los mecanismos de control ideológico en detrimento de los basados en la represión violenta y física de los grupos subalternos.

En este sentido, el tipo de problemas que ha ocupado la atención de los intelectuales en los últimos años ha contribuido también a la consolidación de esta imagen ideológica. La oposición entre los conceptos de consenso y represión ha conducido a una falsa alternativa. De un lado, un énfasis unilateral en lo consensual ha impedido valorar el significado de los hechos de violencia cotidianos, que como lo indicábamos, también están presentes en nuestra historia. Del otro, se anula la posibilidad de reflexionar sobre la calidad y las características de esa violencia. Con ello se oculta lo que a nuestro juicio es un problema medular, a saber, el hecho de que en nuestra sociedad, casi siempre, el uso institucional de la violencia se hace con respaldo político y social. Valga decir, parece existir también un consenso político sobre cómo, cuándo y contra qué utilizar la fuerza y coherción físicas. Cuando la violencia se ha empleado contra precaristas y obreros bananeros o bien cuando ella se ha utilizado contra cierto tipo de disidencia política (el caso del Codo del Diablo y de Viviana Gallardo y la Familia, p. ej.), tal uso no parece entrar en conflicto con la visión del mundo del costarricense promedio. En tales casos la idea de un "castigo merecido" parece tener un importante arraigo.

De esta manera, la tolerancia hacia determinadas formas de violencia social en un país que se mira a sí mismo como pacífico, abre un nuevo problema. La "naturalidad" de la violencia como un castigo justo a los insubordinados o los desviados, nos pone en

contacto con la violencia como un componente de la socialización, como un fenómeno subjetivo e intersubjetivo. Esta dimensión escapa usualmente a los teóricos del consenso que restringen su enfoque a los aparatos institucionales del Estado (la educación, v.gr.). En este momento existen numerosos indicios de que el costo de la "pacificación" que experimentó la sociedad costarricense a lo largo del siglo XIX ha sido una forma de violencia cotidiana y simbólica, necesaria para formar una identidad entre el "yo", subjetivamente vivido, y el "nosotros", interpersonalmente compartido. Así, la progresiva proscripción de la violencia física de la sociedad civil y su monopolización estatal, estarían relacionadas con la introyección de mecanismos de autocontrol que regularían y canalizarían las descargas emocionales fuertes.

Los anteriores elementos abren un rico abanico de interrogantes y posibles líneas de investigación. La preocupación por la forma como se consolidan los mecanismos de dominación y represión en el tejido social conduce al análisis de los procesos de socialización política primaria y secundaria. El análisis de éstos, a su vez, desemboca en la interpelación de las instituciones sociales que los hacen posibles, tales como la familia, el sistema educativo y los medios de comunicación de masas. Finalmente, el estudio de los productos culturales finales que se derivan de estas múltiples instancias sociales nos interrogan sobre los modelos o arquetipos familiares sobre los que se calcan y legitiman las representaciones de la totalidad social.

4. ANTECEDENTES HISTORICOS DE LA CONSTITUCION DE LA SUBJETIVIDAD DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL PODER SOCIAL

Los trabajos existentes sugieren que la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del presente fueron un proceso de transición hacia la modernidad, entendida, ésta, como parte del "proceso de la civilización" tal como ha sido analizado por Norbert Elias (1987) para otros contextos sociohistóricos.

Los estudios disponibles son ricos y variados:

- A) En la segunda mitad del siglo XIX se da la superación definitiva de la sociedad estamental que, a partir de la inserción del país en el capitalismo decimonónico, desemboca en una sociedad agroexportadora dependiente. El proceso está caracterizado por un acelerado movimiento de privatización de los medios de la producción (especialmente la tierra), que acarrea la decadencia inexorable de un campesinado cuya existencia estaba fundamentada en la propiedad comunal de la tierra. La economía moral de estas formas precapitalistas de producción se ve desplazada por una economía política basada en la subsunción formal y real, en algunos casos, del trabajo al capital. El proceso, sin embargo, no culmina sino hasta muy entrado el siglo XX cuando la frontera agrícola se agota y el campesinado pierde las posibilidades materiales de reproducir su cultura y modo de vida en la periferia del Valle Central. Así, el individuo como categoría social, tal como lo entendemos actualmente, surge de las cenizas del "modo de producción campesino" (7).

A la par, el proceso de urbanización junto con la diferenciación social asociada a un aparato productivo más complejo, han dado lugar a nuevos grupos sociales, entre ellos, una incipiente clase obrera formada por artesanos aún organizados en gremios. Hacia finales del siglo y principios del siguiente, este artesanado gremial se irá transformando en un proletariado semi-industrial y urbano (8).

- B) El proceso de modernización se ha acompañado de una paulatina

reestructuración del Estado hacia una modalidad de gobierno presidencialista, donde predomina la centralización del poder y de la violencia policial y militar. El Poder Ejecutivo, que se ha independizado de las coacciones económicas directas, ha dejado de ser un agente al servicio inmediato de la burguesía agroexportadora. Pero el deslinde de la sociedad política de la dinámica económica aún no se acompaña de un equilibrio en los pesos y contrapesos que supone una trilogía funcional de poderes públicos (Ejecutivo, Legislativo y Judicial). El primero de ellos aún lleva a remolque a los restantes (9).

La inestabilidad imperante en las estructuras políticas y del poder hace que la violencia aún sea un recurso cotidiano que se expresa multiplemente en una individualidad donde el control interno de las pulsiones aún está subordinado a su actuación como vía para dirimir los conflictos y diferencias sociales. Sin embargo, hay avances significativos en el proceso modernista hacia un predominio de los controles conductuales internos sobre los externos. Por ejemplo:

- i) En el campo del derecho, hacia el final del siglo, está plenamente consolidada la delegación a terceros de la representación legal, judicial y extrajudicial. Esto refleja un paso hacia una conciencia moderna que deposita en otro la defensa de tales derechos y, en ese sentido, no recurre a la violencia y a la confrontación directa de los contrincantes. Los conflictos se mediatizan mediante el derecho y la aparición de un tercero que puede ser tanto una persona física como un dispositivo institucional.
- ii) En el mismo sentido, las manifestaciones románticas de la sociedad estamental, tales como el duelo por ofensas al honor personal y familiar, se ven severamente censuradas por las autoridades civiles y eclesiásticas. El principio de la justicia socialmente administrada se impone sobre la actuación individual de los impulsos narcisistas y se crea una compleja estructura institucional que profundiza las dependencias y coacciones recíprocas (10).

iii) Este proceso hacia la modernización, hacia la proscripción de la violencia de la sociedad civil se observa, también, en la abolición de la pena de muerte (11). La condena al ostracismo de los rivales políticos indeseables, la deportación de los líderes gremiales y artesanales "conflictivos", el extrañamiento de los adúlteros de las provincias donde viven los matrimonios perturbados, el castigo al esposo que ha asesinado a la esposa y amante a quienes ha encontrado infraganti, la creación de una prensa prolifera que da lugar a la elaboración lingüística de la hostilidad, etc., son diferentes manifestaciones de un proceso de racionalización cultural que lleva hacia la elaboración y conceptualización de los impulsos, desplazando, así, su mera actuación social. La descarga pulsional, directa y destructiva, se va mediatizando socialmente y se le difiere y resimboliza. Pero, como se dijo anteriormente, el proceso aún no ha culminado; prueba de ello es el uso frecuente del cuartelazo y del fraude en las campañas electorales. La fuerza de la razón y de la moral aún no se imponen sobre la fuerza de la violencia.

Sabemos muy poco de cómo evolucionaron durante este período los sentimientos del amor, la amistad y la intimidad. Aparentemente, el distanciamiento de la sociedad estamental dio lugar a formas más libres e individuales de expresión de estos sentimientos, quedando atrás las relaciones contractuales y surgiendo y generalizándose la experiencia de la privacidad emocional.

- c) Es este un proceso modernista muy complejo y del cual desconocemos algunas de sus dimensiones más sustanciales. Algunas investigaciones sugieren que el deslindamiento del Estado de la Iglesia fue uno de los eventos más significativos en su decurso, pues, entre otras cosas, esto permitió, por medio de las Reformas Liberales de la década del 80, introducir una mentalidad de la racionalidad y el progreso (12). Aunque el impacto de la educación en la población fue muy débil durante la segunda mitad del siglo

XIX, como lo muestra el hecho de que el analfabetismo era cerca del 80% hacia el final de la centuria, lo cierto es que a partir de ella se hizo posible una mirada diferente sobre el mundo social y natural; una episteme orientada hacia el dominio y explotación, en lugar de la cosmovisión religiosa centrada en la salvación del alma y el más allá (13). Sea éste un elemento más que se agrega a esta mentalidad modernista emergente y de la que se hacen eco los intelectuales del periodo de análisis.

- D) A la par, un momento central en este proceso modernista fue la reconfiguración de la domesticidad. Nuevamente aquí las investigaciones son dispersas e insuficientes. Si sabemos que el desplazamiento de la producción desde la esfera del hogar campesino al mundo externo, que la "profesionalización" de ciertas actividades domésticas, como el lavado, el planchado y la preparación de alimentos, junto con el surgimiento y extensión de las relaciones asalariadas y de la proletarización propiamente tal, llevaron a una pérdida de la autonomía de la unidad de producción campesina respecto al mundo externo, favoreciendo la aparición de una nueva unidad doméstica, más vulnerable en sus límites sociales a las dinámicas socioculturales "externas".

Este aumento de las dependencias recíprocas significó la relativización del poder del paterfamilia y se acompañó, además, de cambios ideológicos. Especialmente, en lo que se refiere al discurso ideológico, se consolidaron y extendieron aún más las representaciones sociales de la mujer que profundizaban la escisión del mundo privado (la esfera del hogar) del mundo público (la esfera de lo político). (Esto se puede observar, por ejemplo, en el resurgimiento y consolidación nacional del discurso mariano hacia finales del siglo XIX). Esta es una escisión que en el caso costarricense se asocia a la instauración y legitimación sociales de la dicotomía en los estándares morales y éticos (el mundo de la moral privada en contraposición al mundo de la corrupción pública).

En resumen, la evidencia historiográfica sugiere que la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del presente presenciaron, de un modo inacabado y conflictivo, el surgimiento de una "mentalidad moderna". Nuestra hipótesis de trabajo es que los intelectuales de este período fueron los voceros de las posibilidades, convulsiones y contradicciones del surgimiento de esta mentalidad emergente así como de las que atizaban su despliegue social. Su vida fue un intento de proporcionar una respuesta más o menos coherente a este reto, para lo cual, tuvieron, necesariamente, que remitir su experiencia a la de otros contextos sociohistóricos en búsqueda de contrastes, claridad y criterios orientadores. De este problema empezaremos a ocuparnos en la segunda parte de este Avance, en relación con El Repertorio Americano.

NOTAS

- (1) Sibaja, L.F. & Molina J., I. "Entrevista a José Luis Vega Carballo". Revista de Historia, No.21-22, UNA. y C.I.H., enero-diciembre 1990, p.11.
- (2) Cfr.: Elias, N. El proceso de la civilización. Fondo de Cultura Económica, México, 1987. p.492.
- (3) Ibid, pp.492-493.
- (4) Solís, Manuel. Costa Rica: ¿Reformismo socialdemócrata o liberal? San José, FLACSO, 1992.
- (5) Gudmundson, L. Costa Rica antes del café. Editorial Costa Rica, San José, Costa Rica, 1990. p.20.
- (6) Este concepto ha sido desarrollado a lo largo de numerosas investigaciones por los historiadores Víctor Hugo Acuña O. e Iván Molina J. Véanse: Acuña O., V.H & Molina J., I. Historia económica y social de Costa Rica. Editorial Porvenir: San José, Costa Rica, 1991. Molina J., I. Costa Rica, (1800-1850). El Legado colonial y la génesis del capitalismo. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1991.
- (7) Cfr.: Molina, J. La alborada del capitalismo agrario en Costa Rica. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1988.
- (8) Cfr.: Oliva M., M. Artesanos y obreros costarricenses, 1880-1914. Editorial Costa Rica, San José, Costa Rica, 1985. También: Churnside, R. Formación de la fuerza laboral costarricense. Editorial Costa Rica, San José, Costa Rica, 1985.
- (9) Salazar M., O. El apogeo de la República Liberal en Costa Rica, 1870-1914. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 1990.
- (10) Cfr.: Molina J, 1988, pp.103-152.

- (11) Cfr.: Gómez, C.L. La pena de muerte en Costa Rica durante el siglo XIX. Editorial Costa Rica, San José, Costa Rica, 1985.
- (12) Cfr.: Vargas A., C.A. El liberalismo, la Iglesia y el Estado en Costa Rica. Ediciones Guayacán, Alma Mater, San José, Costa Rica, 1991.
- (13) Fischel, A. Consenso y Represión. Editorial Costa Rica, San José, Costa Rica, 1990.

Impreso en el Taller del
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

Responsable: Jorge Oconitrillo

